

Cultura

Su Majestad, el Automóvil... Yolanda Zamora

¿Quién oye los remordimientos del automóvil criminal?, ésta, es una de las interrogantes de El Libro de las Preguntas, del poeta chileno Pablo Neruda. Por supuesto que todos sabemos que detrás del volante siempre habrá un conductor, y frente al caos vial, toda una ciudad responsable, aunque parezca que nadie nos damos cuenta.

Porque cada día resulta más evidente el aumento en la densidad del tránsito urbano. Curiosamente, es uno de esos fenómenos en los que todo mundo sabemos hacia dónde va el problema, irremisiblemente, pero nadie movemos un dedo para evitarlo; algo así como la novela Crónica de una muerte anunciada del colombiano Gabriel García Márquez, en la que desde las primeras páginas sabemos que se cometerá un asesinato, y podríamos impedirlo, pero nadie hace algo para evitarlo. Lo mismo ocurre con el automóvil: sabemos que día a día se incrementa el parque vehicular de nuestra ciudad, y que ello nos conducirá a una situación límite, y pretendemos ignorar sencillamente el asunto. -¡Qué se preocupe otro, qué me voy a andar preocupando por algo que no tiene remedio! -decimos- pero, ¿No lo tiene?

Parece que Su Majestad el Automóvil, -y no el ser humano- es quien dicta cómo y de qué manera debe conformarse una urbe. Así, se proyectan vías rápidas, vías alternas, pasos a desnivel, fraccionamientos, comercios, plazas y grandes explanadas... todo en función del automóvil.

Resulta sorprendente que no nos importe el hecho de que, paulatina pero ineluctablemente, la ciudad se va convirtiendo en un “gigantesco estacionamiento”, sin que ello sea motivo de preocupación. Las cifras de venta de automóviles aumentan día con día, y resulta pues inexplicable cómo, ante algo tan evidente, no nos alarmamos.

Suele ser común ahora que, en una casa en la que antes había un automóvil, ahora existan dos, tres y hasta cuatro autos para la familia. Cuando se adquiere una nueva unidad, generalmente no se desecha la anterior, por el contrario, sigue circulando en la ciudad. Y así, el número de automóviles es cada vez mayor. Si no me cree usted, simplemente mire a su alrededor y se dará cuenta a golpe de vista del aumento en el número de autos estacionados y circulando.

Cada día, las noticias en la prensa dedican grandes espacios para hablar del sinfín de accidentes protagonizados por Su Majestad el Automóvil y a nadie nos extraña la cotidiana presencia del accidente vial en la nota roja. En el mejor de los casos, si leemos la nota y la tomamos en cuenta, tal vez con un poco de morbo, acabemos simplemente por agradecer internamente el que no nos haya tocado a nosotros.

Nos hemos acostumbrado no sólo a convivir con el automóvil, sino a aceptar sus cada vez más exigentes demandas. El automóvil exige cada vez mayor territorio, aun cuando sea necesario sacrificar áreas verdes, espacios habitacionales, fincas de valor patrimonial e histórico, y... vidas humanas. ¡Todo sea por la rueda monarca que reina en nuestra cultura!

Que lejos está el primer auto, accionado por vapor y construido por Cugnot en 1771, de la sofisticación del moderno automóvil. Ciertamente es que el invento del motor de combustión interna en la década de 1880 influyó decisivamente en la evolución del automóvil.

Posteriormente, los modelos de Lenoir (1863), Benz (1885) y Damier (1887) supusieron grandes progresos sucesivos.

Pero el verdadero responsable –vamos a decirlo así- fue Henry Ford, quien adoptó el sistema de fabricación “en serie” revolucionando la incipiente industria automovilística. Con cuanto acierto el escritor Aldoux Huxley hace exclamar a sus personajes de la novela de ciencia-ficción (¿ficción?) Un mundo feliz: ¡Válganos Ford! La humanidad, antes y después de Ford.

Actualmente la fabricación de automóviles es una de las industrias más poderosas a nivel mundial.

Como dragones de metal circulan los autobuses, bufando y arrojándose sin pensarlo dos veces contra el peatón, e incluso contra aquel conductor ingenuo que no alcanza las “exigencias” de velocidad en las principales arterias de la ciudad. El delito no es exceso de velocidad, sino exceso de lentitud. A ése hay que rebasarlo a como dé lugar, aún cuando ponga en riesgo al pasaje. Ni hablar de dar la parada cuando el reloj dice que hay unos minutos de retraso en la corrida, entonces ¡sálvese quien pueda!; ay de aquel usuario que tenga la ocurrencia de pedir “bajada”, más le vale que se espere dos o tres cuabras más, a capricho del chofer, o que aprenda a saltar en los segundos en que medio se detiene la unidad, y a practicar el vuelo o morir en el intento.

La verdad es que no sólo los choferes del transporte urbano, sino los seres humanos en general, nos transformamos frente al volante – como ingeniosamente lo ilustra una famosa caricatura – y nos convertimos en asesinos en potencia. Es éste uno de los campos en los que se pone de manifiesto aquello de que “el hombre es lobo del hombre”.

Y ni hablar de reglas de educación: La mamá que se estaciona en doble fila para bajar a los niños en la puerta misma de la escuela, aunque detenga el tránsito; el conductor que se obstina en pasarse la preventiva, aunque se quede a la mitad, en la bocacalle, porque el semáforo indica que ya no podrá avanzar más, pero... si él no puede “que nadie más pueda”; el daltónico para quien el semáforo en alto es simplemente un “siga en rojo”... aquel que va por la izquierda deteniendo el tránsito y no le da la gana tomar su derecha... ahí está el otro que, alevosamente, le gana el lugar para estacionarse a quien esperaba antes que él, y hasta se ríe por lo hábil que es... y el coraje que el otro hizo... y bueno: es la práctica de la ley del más fuerte en la selva del asfalto, enseñoreada por el automóvil.

Y todo esto, amigos lectores, no sólo tiene que ver con juicios morales o éticos, tiene que ver con “la más elemental ley de supervivencia humana en las ciudades”.

El problema es muy complejo, ciertamente. Muchos dejaríamos a un lado el automóvil, si hubiese en la ciudad un buen transporte público, -lo sabemos- y ello nos remite a las autoridades, a las decisiones que deben tomarse; al buen uso de los impuestos que todos pagamos; a los compromisos políticos que impiden y obstaculizan estas decisiones, y... ¡Vaya situación!, ¿quién le pone el cascabel al gato?

Pero... ¿hasta qué punto usted y yo, y todos, somos responsables, no sólo por acción, sino incluso por omisión?

La respuesta, y la acción humana, efectiva y responsable, no pueden ni debe posponerse. Es ya, el hombre... o el automóvil.

La luz roja del semáforo de la humanidad... está encendida...